

MISCELÁNEAS

Francisco Tamayo, el andariego del país (Primer Centenario de su nacimiento:1902-2002)*

Trino Borges

(Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
Barquisimeto. Estado Lara. Venezuela) **

I

Francisco Tamayo siempre se caracterizó por un afán de búsqueda, y desde allí le nacía esa necesidad intrínseca de andar. Y naturalmente que lo que iba encontrando, lo que lograba hallar, venía de una historia transcurrida y transitada, vivida, padecida.

Y este afán permanente suyo, no hubiera podido desenvolverse a plenitud en el área de un escritorio, ni desde las aulas convertidas en claustros del conocimiento, y, por lo tanto, ciegas frente al mundo andante. Y menos en los dominios del cargo público, agobiado éste por la inmovilización de burocráticos papeles.

* NOTA DEL COMITÉ DE EDITORES: Este trabajo fue presentado a **Presente y Pasado. Revista de Historia** por el Profesor Hernán Lucena Molero, Coordinador del CENTRO DE ESTUDIOS DE ÁFRICA, ASIA Y DIÁSPORAS LATINOAMERICANAS Y CARIBEÑAS “JOSÉ MANUEL BRICEÑO MONZILLO”, en los inicios de Septiembre de 2001. Sometido a la consideración del Comité de Arbitraje, éste manifestó la conformidad para su publicación a finales del mismo mes.

** Profesor Jubilado de la U.P.E.L. En la Universidad de Los Andes, desde 1993, ha dictado diversos cursos y es miembro fundador del Grupo de Investigación de Estudios de África y Asia. Es integrante del Capítulo Venezuela de la Asociación Latinoamericana de Estudios Afroasiáticos y colaborador regular en varios periódicos venezolanos regionales y nacionales. En 1999 publicó el libro *Humboldt: de Viajes y Asombros*.

No es una mera casualidad, sino una razón de ser y existir, la relación que estableció Tamayo con la tierra, con el espacio de la terredad, en donde se estaban manifestando distintos y variados signos de la vida. Y no sólo en la naturaleza de los vegetales y los animales. No sólo en la peculiar condición biológica del hombre. Lo era en todos los componentes del mundo: los animados y los inanimados. Porque nada estaba quieto. Aún la materia en sí misma, daba muestras de un continuo movimiento: en esa constante inter-relación con las proliferantes expresiones de la vida, que brotaban por doquier. Así lo estaría verbalizando en su trabajo “Bolívar, Guayana y Selvas”:

“Es la materia que no quiere permanecer inerte, pétreo, insensible. Busca la manera de volver a entrar en las cadenas alimentarias donde pueda ascender otra vez hasta la hoja del árbol y recibir el beso del sol. Subir a la flor y encarnar los misterios del sexo, y ser fruto y semilla para propagar la especie. Luego, bajo el concepto de raíz, tallo, fruto y semilla, dar el gran salto hasta llegar al hombre directamente o mediante los animales de cacería o los rebaños domésticos. Satisfacer el hambre de los seres humanos y llegar a las neuronas para conocer, para sentir, para amar, para crear. Para ver el mar y recibir el soplo de la brisa. Para ver el color y la forma. Para conocer el movimiento estático de los árboles. Para presenciar la danza del hombre cuando camina, ataca y se defiende. Para verlo cuando canta, cuando ríe y cuando llora. Para oír su palabra, para ser su palabra. Para ser su grito, y verlo luchar y vencer. Pero no concluye ahí el anhelo y la capacidad de ser de la selva. Ella recibe en su follaje el golpe de la lluvia, para amortiguar la fuerza creciente del descenso. De allí, roto ya su ímpetu, gotea por las hojas y se escurre por los tallos hasta el suelo. Aquí circula entre los detritos, y se infiltra en el mantillo hasta tocar las rocas subyacentes. Se abre paso hacia un declive del terreno y brota a flor de tierra como un manantial u ojo de agua. Pero son millones los nacimientos así generados que confluyen, se juntan en torrentes, arroyos, caños y ríos”.

II

La tierra es la geografía. También los animales que la poblaban, los vegetales, el viento, los ríos, el mar, los lagos, las arenas, las piedras. Eran los caminos, los pueblos que se habían erigido o que habían desaparecido. Era el canto de los pájaros o el sonido del viento, de los muchos existentes. Era la llanura, era la montaña, la costa marina. Eran las voces de los hombres esparcidas por el mapa humano: las palabras que se habían inventado para nominar las cosas. Eran las canciones que nacieron en la intimidad de los seres humanos, las historias que se narraban en los rincones de los poblados. Era la sequía y las lluvias, el fuego y las cenizas.

Y que las huellas humanas del hombre se habían convertido en señales o hitos, que podrían leerse en las piedras que entraban en la construcción de las casas (*El Signo de las Piedras*), o en las costumbres rezagadas o arremansadas en algunas viviendas (“Canciones de cuna del folklore venezolano”, “Sabiduría de la campesina”), o en algunos toponímicos (“Por qué se llamó Palo Seco”), o en las plantas que se aclimataron en los jardines, o en los objetos o cacharros sumergidos aún en los suelos.

Y desde ese percibir, precisamente también la particular atención en el campo del léxico nuestro, que fue una de sus rutas. Lo justificaba él mismo, desde una muy genuina posición ante las cosas, que esgrimía en 1977:

“Quiénes tenemos la manía de coleccionar, no podemos resistir la tentación de tomar lo que vamos encontrando. Siempre me sentí en el deber de no dejar en el suelo las cosas valiosas que iba hallando a lo largo de muchos años. Empecé en 1.946. Fueron treinta años de trabajo discontinuo, pero asiduo y honesto. Las cosas estaban allí, en el habla, en la nominación, en el escrito; casi siempre a punto de perderse en el recuerdo, en la antigua vivencia, en pueblos apartados, en la memoria de ancianos. Todo ese maravilloso cúmulo de expresiones de la vida, de modalidades anímicas de las costumbres, del pensar, del sentir, la fui recogiendo como naturalista,

antes que como filólogo. Porque es el caso que a un naturalista desclasificado como yo, no es que se meta como aventurero en predios cuyas disciplinas ignora, sino que se siente en el deber de no dejar perderse ningún aspecto de la vida, y más aún, de la naturaleza humana”.

III

El tránsito de Tamayo estuvo en los pies, pero asimismo en la mente. Era el ejercicio de un desplazamiento físico, conjuntamente con la movilización del sentir y el pensar:

“Lo del viaje a La Paragua (1978) fue por deseo de conocer algo del corazón de Guayana. Aun cuando fuera una simple ojeada. Pero si uno ve con pasión, con entrañable afecto, logra percibir mucho más de lo que mira. Posiblemente, las cosas están dentro de uno, como una premonición—siempre que medien aquellos sentimientos—, y después al producirse el encuentro físico, se tiene la impresión de ser una revelación, de haber encontrado la tierra prometida y por ello me sentía arrobado, conmovido como si estuviera en presencia de una maravilla buscada por todos los caminos tras un infinito peregrinaje. Así también me sentí alguna vez en Paraguaná, otra en los llanos, en Parmana, en Caripito, en las Mesas de Anzoátegui, en Aragua de Barcelona, en Zaraza, en Cuchivero, en la Gran Sabana, en Boca de Uraoa,, en Curiapo, en tierras de Ibaruma, en Paria, en La Goajira, en los páramos y los farallones andinos, en el Lago de Asfalto, en el istmo de Médanos, en Los Roques y en tantos otros lugares de recóndito amor.”

Un andariego que venía de tantas trochas: las que estuvieron marcadas en la cartografía, también caminante en las que iban apareciendo, en esa dialéctica del existir social, en el ámbito de la cultura viviente: “El Llano de Efraín Hurtado”, “José León Tapia en la ruta del viento”, “Enriqueta Arvelo Larriva”, “De la naturaleza y la vida de Julio Garmendia”, “El Orinoco de René Lichy”, “Memorias de Altagracia”, “Aspecto científico en la obra de Carpentier”, “Personajes de Faulkner”, “Juego de sombras”, etc., etc.

IV

Para Tamayo, Venezuela era un espacio físico determinado, un territorio, de tanta importancia y con los distintos sentidos que tomaron rumbo en el devenir. Por lo cual, las muchas referencias geográficas, abundantísimas, que podrían localizarse en su obra escrita: “Los días de Palo Seco”, “Canaguá”, “De Corozo Pando a La Unión”, “De Cazorla a Guayabal anda el Tirano Aguirre”, “Los farallones de Mucujún”, “El arpa de Tinaquillo”, “El Orinoco en cuatro tiempos”, “Relieve y vegetación hacia La Paragua”, etc., etc. Pero al mismo tiempo ese país era proyectos (*Camino para ir a Venezuela, Más allá de Akurimá*), pero así mismo era angustia (“Cuántos pájaros quedan, cuántas hojas”, “Los pichones de Flores Moradas y otros pichones”, “Discurso en el Congreso de la República en el Día Mundial de la Conservación”, etc., etc.).

V

Pedro Francisco Lizardo llegó a considerarlo como un hombre de “abierto espíritu goetheano”. Desde luego, que no con propósitos fáusticos, pero sí navegante por vertientes diversas del saber, siempre atento, como solía manifestarlo con frecuencia, al curso que seguía “ese torrente incontenible de la vida”, la que “se agita y se hace oír”, según la expresión de Alejandro de Humboldt. Venido de rigurosas disciplinas científicas, adiestrado en la más exigente observación de las cosas, y sin embargo, o quizás precisamente por ello, el individuo de mirada humanística, en donde ciencia y poesía concurrían con holgura, sin reclusiones ni exclusiones, a un diálogo esclarecedor de la humanidad.

Batallador como lo fue en ese andar, Tamayo tuvo suficiente conciencia de sus interminables luchas, que no siempre desembocaban en las coincidencias, pero no por eso, dejaron de ser tercamente persisistentes, sin declinar. Y lo cual, le hizo decir, en alguna propicia ocasión, lo que era imprescindible argumentar con sencilla claridad, pero

sin dejar de enfatizar en lo que había sido su ubicación social en el mundo que le tocó vivir:

“Que los naturalistas no estén enteramente de acuerdo conmigo es sumamente natural, atendida nuestra discrepancia de ideas, y yo trataré también en el futuro de sustentarlas. Pero también en los terrenos estéticos y moral se ha hecho moda el discutirme y llevarme la contra. Harto sé de dónde y adónde, por qué y para qué, pero ya no sé más. Los amigos con quienes y para quienes he vivido sabrán estar a la defensa de sí propios y de mi memoria”.

VI

Algunas fuentes “Tamayistas” insustituibles

- *Caminos para ir a Venezuela*
- *Pasión de tierra venezolana*
- *Los Llanos de Venezuela*
- *Más allá de Akurimá*
- *El color de la tierra*
- *El signo de la piedra*
- *Léxico popular venezolano*
- *El hombre frente a la naturaleza*
- *Más allá del fuego y la rueda*
- *Sanare y las tierras de Lara*



Paisaje de Lara. Rafael Monasterios. Tomado de: José Nucete Sardi. *Notas sobre la Pintura y la Escultura en Venezuela.* Ediciones González, Caracas, 1957, p. 75.